

«TOCAR DESESPERADAMENTE EL FONDO DE LA NADA». ASI SE SENTIA AZAÑA EN LA GUERRA CIVIL. MAÑANA SE PUBLICAN TRES MANUSCRITOS SUYOS ROBADOS EN ESOS DIAS. ¿QUE QUEDA DEL ESPIRITU QUE ANIMO A AQUEL HOMBRE ATORMENTADO Y ORGULLOSO?

El espíritu de Azaña

E n lo político, la trayectoria de Azaña define con precisión un arco que une dos frustraciones históricas, así descritas por él mismo. La primera, la de la modernización del régimen canovista, un régimen liberal que se enfrentaba, a principios de siglo, a la gran tarea del siglo XX: reconciliar liberalismo y democracia.

Tras marginarse él mismo de las grandes corrientes políticas de su tiempo, Azaña participó en su primera madurez en uno de los intentos de conseguir este objetivo, como fue el Partido Reformista de Melquíades Álvarez. El reformismo, que contó con un amplísimo apoyo intelectual, quiso ser una alternativa desde dentro, sin rupturas, al sistema de los partidos de turno que había dado ya, en la primera década del siglo, serios síntomas de agotamiento. Azaña participó con desgana, aunque seriamente, en el Partido Reformista. Rompió con él cuando el Rey no

se opuso al golpe de Estado de Primo de Rivera, que rubricaba el final de una agonía. Y protagonizó, en cambio, y con qué pasión, el intento republicano.

La República era para Azaña, como para muchos de sus contemporáneos, la oportunidad definitiva de modernizar su país. La posición que Azaña ocupaba, de centro izquierda moderado, le permitía varias políticas. Eligió la que consideró más adecuada: la alianza con los socialistas y los nacionalistas catalanes de izquierda.

Era la que mejor representaba la misión que, según él, le correspondía a la República: integrar a los trabajadores en un régimen democrático y liberal; establecer un Estado laico; nacionalizar las instituciones, en particular el Ejército, y solucionar el problema de Cataluña, un problema español, según repitió una y otra vez. También repitió sin tregua que aquello era una revolución, democrática, pero revolución al fin y al cabo. Cuando los electores decidieron no respaldar la revolución azañista, en 1933,

Azaña planeó una recuperación del poder que consistía, por lo sustancial, en la renovación del pacto de izquierdas del año 31.

No le importó la otra revolución, la del 34, cuando los socialistas y los nacionalistas catalanes rompieron la legalidad republicana, y aliado con quienes al cabo le traicionaron, consiguió su objetivo, y triunfó, tal vez demasiado. De hecho, quedó de rehén de una coalición inservible y cuando los responsables del golpe de Estado del 18 de julio decidieron plantar cara al poder legítimo, Azaña quedó convertido en el símbolo amortizado de una ilusión: la de una España moderna, democrática y liberal; el fondo de la nada en que tocó Azaña, presidente de la Guerra Civil.

El fracaso de una política, que tal vez era inevitable ensayar —aunque no obligadamente del modo en que él lo hizo—, lleva aparejado otro de mayor alcance aún, si cabe. Azaña no era republicano por mera coyuntura política, en sustitución de una forma de Estado que se había anulado a sí misma. Su republicanismo es de fondo, radical. Para él, la República era una forma de racionalización del Estado, y con él de la nación entera. Con la República, Azaña quería

hacer de los españoles ciudadanos libres: capaces de deducir de las circunstancias concretas, de sus propios intereses, de la historia e incluso de la tradición, una enseñanza universal, válida en cualquier tiempo y en cualquier lugar.

Rehén

En el fondo, Azaña, como intelectual que era, confiaba en el gran proyecto ilustrado de la razón como guía y norte de la conducta humana. El ejercicio de la política es el punto más alto de la vida del hombre —equivalente a la santidad, llegó a decir— porque es aquél en que el ser humano, guiado por la revelación racional de la verdad, se sacrifica al bien común.

En contra de lo que tantas veces se ha dicho sobre la escasa europeización de España, los españoles, que llevaron a un intelectual de raza a la cabeza del Estado, fueron europeos como ningún otro país europeo lo ha sido nunca. Ningún otro apuró, como hizo España, la

vocación política de la inteligencia. El fracaso fue rotundo, y lo que es peor, previsible. El propio Azaña lo había visto venir en algunos de sus escritos más inquietantes.

Hoy, terminado el siglo de las utopías, el intento nos parece desmedido. Pero, como la República azañista, tal vez había que intentarlo. En esto, el error de Azaña no carece de dignidad, y su valor como símbolo y como enseñanza es innegable.

Sobre todo porque Azaña no cayó en la tentación totalitaria. Que al final fuera un triste rehén del estalinismo no significó complicidad. Más aún, mantenerse en su puesto de presidente de una República en la que no creía, como hizo desde el verano del 36, era una forma de salvar para el futuro ese legado. Por eso la figura se engrandece y alcanza una dimensión, como dijo Maura, casi sobrehumana. Y es que Azaña, a pesar de todo su jacobinismo y su desdén, no abandonó su apego por la libertad. «La cuestión es siempre la misma», escribió en los años veinte, «querer



Azaña, que sería sucesivamente ministro de la Guerra, presidente del Gobierno y, tras las elecciones del 36, de la República, se dirige a un grupo de militares, entre ellos Queipo de Llano, cabecilla de la sublevación.

la libertad o no quererla».

En esto Azaña, por mucho que renegara de la tradición del liberalismo templado que era el patrimonio de su familia, no dejó nunca de ser un auténtico liberal. Contribuyó a devastar con una crítica feroz el sistema que decía querer reformar, pero de esa «empresa de demoliciones» —son palabras suyas— salvó siempre los principios básicos, irrenunciables para el liberalismo: la propiedad privada, la seguridad jurídica y la libertad de expresión. Añádasele el sufragio universal y se obtiene el norte del pensamiento de Azaña.

Paradójicamente, aquí le perdió su pragmatismo. A diferencia de Cánovas, Azaña no tuvo nunca una concepción demasiado sólida del Estado. Creía que se podía, sin demasiados costes, violentar un poco los principios: ley de Defensa de la República, estado de guerra, expulsión de los jesuitas, prohibición de la enseñanza religiosa...

La realidad le pasó la factura, pero sobre este apego a la libertad, y como confundido con él, está otro de los motivos que forman su legado: su patriotismo. Ciertamente, como buen jacobino, Azaña quiso emprender una improbable refundación de España.

Se tomó en serio la famosa crisis del 98 y se creyó llamado a hacer de España lo que, según él, no era: una auténtica nación. Otra vez el proyecto nos resulta casi inverosímil, de tan antigua y tan capaz de integración como ha sido siempre la nación española, pero también aquí la lealtad hacia unos valores —la independencia, el orgullo, la dignidad— resulta ejemplar.

Honradez

En este sentido, Azaña representa un caso de infinita honradez. Sometido a una campaña de difamación feroz, que tocó lo que más daño podía hacer en hombre tan orgulloso como inseguro —su amistad con Cipriano de Rivas Cherif—, Azaña supo contestar con una dignidad ejemplar, sin rebajarse nunca a utilizar las mismas armas que sus adversarios.

Si este patriotismo liberal, sabedor de la virtud ciudadana en que debe fundarse, se expresa además en una prosa elegante, cuajada, completamente madura, capaz de reticencia, de sorna y de sarcasmo, pero también de expresividad lírica, trabajada como está por un conocimiento hondo de la lengua y una perspectiva casi trágica de lo que el idioma español ha querido decir siempre, no queda más remedio que reconocer que estamos ante un personaje de una sugestión infinita, capaz de seducir a muchos, incluso a quienes no reconocen su legado político.

La publicación de los cuadernos robados de las Memorias no descubrirá nada nuevo, pero permitirá completar un gran testimonio autobiográfico y una de las grandes obras de la historia y la literatura españolas, en un momento de dramatismo peculiar: justamente cuando el proyecto político de Azaña se le deshacía entre las manos.

No es común asistir al relato de un fracaso histórico a cargo del principal protagonista, y vivido como tal, con plena conciencia de lo que estaba ocurriendo. Estas páginas nos devuelven, con un sabor un poco acre, el breve repuntar de un sueño de libertad, de patriotismo y también, de ética personal, raro en el implacable siglo XX español.

José María Marco es historiador, autor de «Azaña, una biografía».